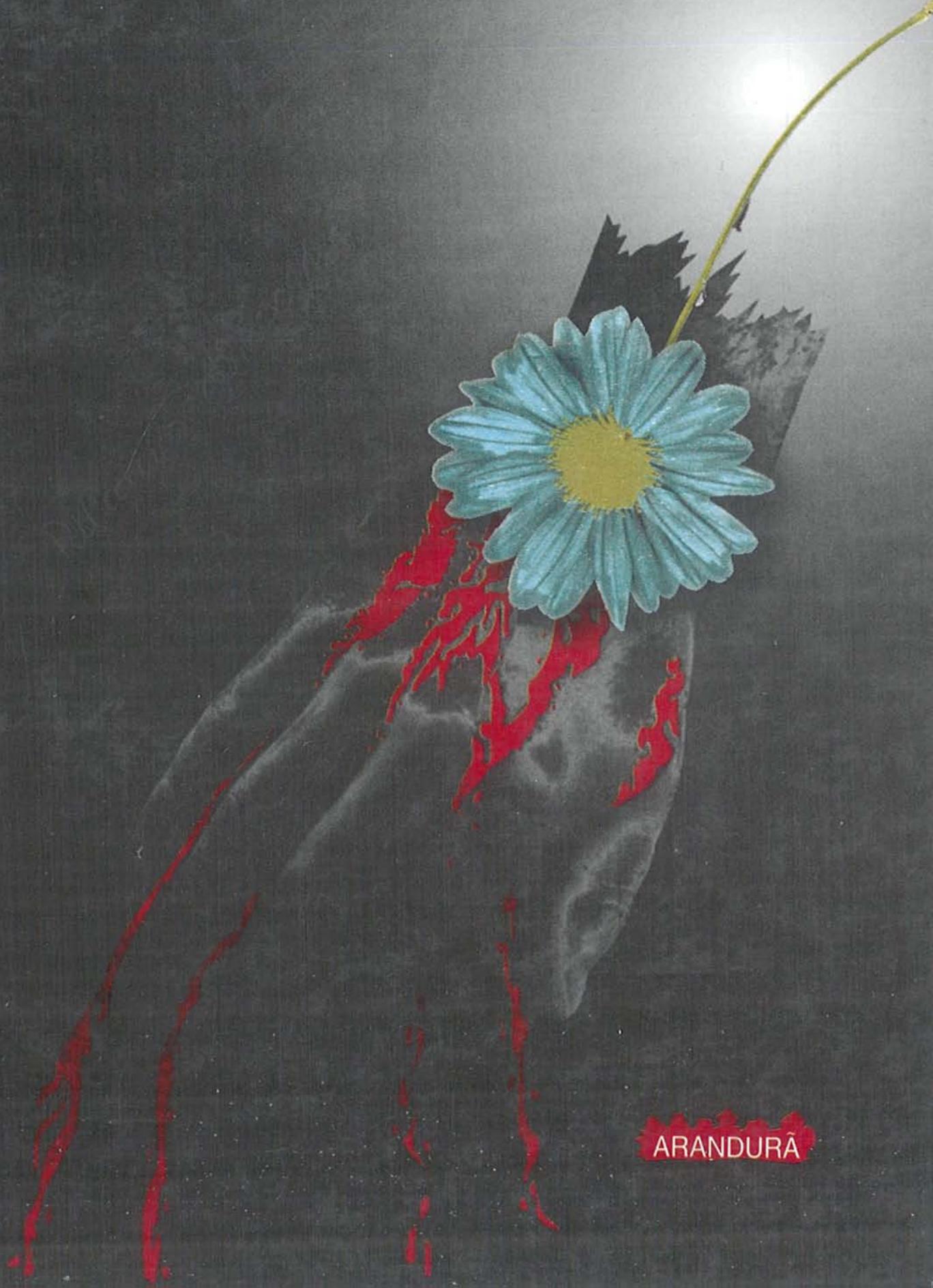


La sangre florecida

Susy Delgado



ARANDURÃ



La sangre florecida

Susy Delgado

© Susy Delgado
© Arandurã Editorial

Impreso en junio de 2002
en QR Producciones Gráficas
Tte. Fariña 1074
Telefax: (595 21) 214 295

*A quienes siembran el sueño
y redimen el camino de la sangre*

Prólogo

Susy Delgado escribe en guaraní, en castellano, en poesía, en mayúscula siempre. Valga la metáfora para caracterizar la calidad sostenida de su escritura.

Es la primera vez que –aparte de su vasta labor periodística-, la autora aborda la prosa en una obra de «creación» (palabra ésta que siempre pongo entrecomillada, porque la considero pretenciosa). Pero como nos ocurre a todos los que nos iniciamos en la poesía, Susy no renuncia –no quiere renunciar, y tiene razón- a los recursos de ese género en el que ha hecho su resplandeciente navegación literaria, ya en castellano ya en guaraní, en una igual nave con empalmadura, del palo mayor a la quilla, con pareja curvería, de la proa a la popa, de babor a estribor.

El título, *La sangre florecida*, avanza el tono mayor de su texto. Esa característica del significante que suaviza los momentos de firme y justiciera carga de buena parte del significado del relato. ¿Cómo precisar, cómo ubicar en un orden retórico o preceptivo esta obra? Me referí, de paso, a la distensión de los géneros –poesía /narrativa-, al aflojamiento de las ataduras que intentan encerrar la producción literaria en casilleros, la apertura que, al combinarlos, enriquecen la escritura, liberándola de los esquemas estrictos, permitiendo integrarlos de una manera abierta para «mayor gloria» de la

expresión, recuperando así la función esencial de la palabra: decir, manifestar, comunicar o esconder, disimular.

Estos siete fragmentos narrativos constituyen una saga, es decir, son relatos erráticos que cuentan, abarcan las vicisitudes de un grupo familiar (tres generaciones cargadas de dolor y de poesía), con un punto central: el personaje de María'i, cuya acción se expande en el entorno familiar (la Abuela constituye un elemento fuerte y referencial), y en el ámbito social que rodea a los protagonistas.

La expresión «relatos erráticos» no es gratuita; la utilizo porque describe perfectamente la enorme libertad de acción y en el comportamiento de los personajes, y la total despreocupación por la cronología. El tempo de la narración está marcado por «el camino de la sangre», título del primer fragmento. Ese camino que comienza con la vergüenza de la sangre menstrual, que María'i quiere ocultar, porque es el símbolo «de la burla más o menos velada, más o menos cruel», que la persigue sin tregua, a través de la «mirada impiadosa que desnudaba algo que ella hubiera deseado mantener en el terreno de la privacidad, lanzada desde los corrillos callejeros donde la virilidad se pavoneaba de su poderío, entre piropos procaces y verdaderos torneos de proezas eróticas. Persistía en esa mano pesada y ruda que desde el guardapolvos blanco volvía de tanto en tanto para violar su vulva avergonzada, esa boca temblorosa que nunca alcanzó la suficiente paz para acceder al placer...»

Ese camino de la sangre es la trayectoria simbólica que recorre el discurso narrativo, poniendo en evidencia aspectos agresivos del machismo, que no respeta ni la inocencia de la infancia para manifestarse como uno de los temas recurrentes

de la injusticia en nuestra sociedad. Lo importante es que así y todo, no intenta ser un discurso reivindicativo, ni un alegato de protesta barata.

El tema es abordado con símbolos fuertes, impactantes, carente del tono miserabilista. La autora hace una puesta en situación del hecho a través de vivencias expresadas con delicadezas como para contrastar con la agresividad machista. En este aspecto se evidencian dos características: la de la experiencia vital que se desnuda, sin pudor, pero también sin el rencor de los narradores naturalistas ingenuos y lamentosos primarios y panfletarios. Todo lo contrario, la segunda característica es la de la pulcritud del significante: Susy lo hace como lo que es, una poeta que maneja todos los recursos expresivos del género, con la solidez de quien conoce bien y ha vivido ese largo camino de injusticias desvergonzadas y no necesita cargar la mano para dar cuenta de ello. Una metáfora, un tropo, un leve toque de ironía, una puesta en obra de figuras poéticamente adecuadas tienen mucha mayor fuerza de convicción, que un pesado discurso demostrativo y voluntarioso propuesto como una pieza ideológica y de falsa retórica.

Es admirable la manera que la autora utiliza recursos de gran eficacia –poética- como el sueño y su incorporación natural y acertada en el relato mismo, como en el segundo trozo, «La canción de la Abuela», en que María*'*i se despierta y se incorpora a la acción que estaba soñando, «en la que la Abuela –personaje mítico- tenía puesto el vestido de seda azul con dibujitos claros...» y «El vestía la camisa celeste immaculada, que desprende un suave aroma a bosques altos, mentolados, dulces...»

El es el personaje maravilloso que inició a María'i en la práctica del amor y que luego «partió para Brasil con su camisa celeste». La escena del encuentro se desarrolla en el rancho desvencijado; ellos «están sentados en los sillones de mimbre que componían una especie de salita en ese cuarto de casa pobre, más lleno de ausencias que de otra cosa, y ahora de pronto, arreglado y compuesto con la carpeta de crochet y algunas chucherías que la abuela había sacado del baúl. Y ellos la miraron como diciéndole que la estaban esperando». Una escena perfectamente onírica y resplandeciente en la que El la llevó «hasta la esquina de la cocina vieja, cerca de las lenguas del fuego mañanero, sin que se le hiciera la menor mella en el celeste». Esa escena termina con la sonrisa de la Abuela —que no siempre era tierna— «cantando en voz baja esa canción que ella arreglaba y acomodaba a su gusto, con sus trajinados recursos de cantora: Che Ama, che señora, ndajuhúi nde joguara...». Escena que parece sacada de un cuadro surrealista en el que los valores del sueño, del deseo, del instinto reemplazan a los de la realidad y expresan el funcionamiento real del pensamiento.

Lo interesante es que Susy integra una escena semejante en el decurso de la historia narrativa, sin quiebra ni distorsión alguna, sin necesidad —ni ganas— de explicar nada, y que esa escena tiene un sentido cabal en la estructura de la novela, como cuando en el atuendo elegante de un personaje de Magritte, sus zapatos son una réplica de sus pies desnudos.

A todo lo largo del texto se insertan las falacias del machismo criollo con frases que aluden a la inferioridad de la mujer y su «disponibilidad»: «A la mujer, el hombre sólo le toca y ya está entregada». O aún : «María'i ya fue probada»,

son algunas de las expresiones que aluden a la dominación sexual o a las violaciones de que es víctima la mujer.

Pero el relato no es sectario ni menos maniqueo. Sabemos la libertad sexual que caracteriza a la mujer paraguaya campesina, libertad ganada en los largos avatares de una historia marcada por las guerras de exterminio. Ha sido siempre la mujer la artífice de la reconstrucción del país, con coraje y con amor, desde los albores del mestizaje inicial en los orígenes de la Conquista.

Hay dos momentos capitales que marcan un vuelco, que enfrentan a la agresividad machista y los desmorona. Estos se realizan a través de los dos personajes femeninos principales: la Abuela y María'i, que asumen su condición de seres humanos, con la valentía y la rebeldía —a veces tierna— a la que aludí.

El primero corresponde a una decisión de la Abuela, y el fragmento lleva el título de «La sangre florecida». La persona en cuestión aparece a lo largo del relato pintada con una personalidad enérgica y decidida; es la verdadera «cabeza» de la familia. Vale la pena transcribir un fragmento del texto, para apreciar la garra de la vieja, y su implacable espíritu justiciero, sin mella alguna, ni compasión sensiblera. A una altura avanzada de su vida, «la Abuela sintió que había llegado para ella el día señalado. Algo se lo dijo, claramente, dentro de su cuerpo fatigado. Se sintió dispuesta y decidida a cobrar toda la cuenta que el viejo tenía con ella, a tomar venganza por tanta humillación acumulada: abandonos, mentiras, hijos sembrados a lo largo del camino o en oscuros cementerios, habidos con cualquiera, anciana o muchacha que se le pusiera por delante. Cumplió su ritual con la tranquili-

dad del justiciero : «Tomó el avati soka del mortero que guardaba en su cuenco oscuro los olores de innumbrables esfuerzos, macerados en larga ausencia y pobreza. (...) Y emprendió aquella tarea, por tanto tiempo temida y soñada. Sintió que en ese mazo pesado y mugriento que latía en sus manos como a punto de estallar, dormía un acto de justicia, la flor de un día, hermosa, inaplazable.

La Abuela reunió en su puño los ochenta años de pisar maíz pobre y desprecio en un mortero sordo, rezó una brevísima y extraña oración con los dientes apretados, y descargó todo el peso acumulado, de un rotundo golpe, en las espaldas del viejo que cumplía su ritual diario de rezongar con los yuyos del tereré en las manos, porque era un verdadero escándalo que las mujeres no se los pisaran en el mortero. Lo que es trabajo de mujer, tiene que hacerlo la mujer. «Así mismo», pensó ella y empezó a esparcir furiosos golpes en el cuerpo flaco y desvencijado del viejo, que sólo atinó a doblarse bajo los golpes, como si buscara la protección de la tierra, atreviéndose apenas a espiar entre los dedos con los cuales se tapó el rostro, aterrado. (...) Cuando el Abuelo se quedó quieto, como si se hubiera quedado dormido bajo los golpes, o como si estuviera dando la señal de que la cuenta al fin se había saldado (...) tiró el mazo ya inservible al fuego que se consumía lentamente en la cocina y se acostó, sabiendo que ya no volvería a levantarse».

El signo bajo el cual María asume su rol en la vida social es el del amor, el de la ternura. El último capítulo, «Los rostros del amor», está exclusivamente habitado por el aura sentimental y cálido de María, quien se realiza como amante libre, vyra saite kunu'u, culmina como madre libre de tres

hijos criados al calor del cariño protector que nacieron de ese «aluvión de dulzuras» con que se vio rodeada por sus amantes.

En esa tónica, no me resisto a transcribir el hermoso fragmento en el que Susy descubre cómo María conoce “la trampa más hermosa de la vida”:

“Pero en esa claridad final, enceguecedora y lacerante, del centro mismo del vacío, sin señales anunciadoras, milagro simple, llega ese muchacho de ojos redondos y dulces, atrevimiento puro, irresistible libertad, que la eligen y aman desde el primer relámpago, ese muchacho que empieza a abrazarla sin que ella se dé cuenta, que entra en ella mucho antes de descubrir que había empezado de nuevo a sangrar, que al descubrirlo se abandona a una carcajada limpia de placer, como si hubiera descubierto el secreto, la trampa más hermosa de la vida. Y entonces, por primera vez, la sangre de María*'*i se hace miel dulcísima, perfume embriagador que estalla en el aire y se queda hamacando los sentidos hasta mucho después que el muchacho sea sólo un recuerdo viajando en el recuerdo. María*'*i se siente entonces ella misma sangre fragante, riendo a carcajadas. (...)”. Aquel muchacho de ojos redondos*'*y dulces había curado a María*'*i de tantas cosas, que un buen día ella pasó a llamarse María. Sólo María, simple, libre, guyra saite, cantadora de la lluvia, bailarina de sueños, chanceadora de intemperies, alquimista de ternuras, equilibrista de amores (...). Pasó por muchos rostros, muchos nombres, muchos cuerpos, entre el descubrimiento y la búsqueda”.

Esta trayectoria sentimental de María culmina con el último capítulo: “Los rostros del amor”, con la relación que

le une a Manfredo, con quien comparte no sólo el fuego de la pasión amorosa y serena, sino también la amistad de un compañero con el que descubre “los temas más sutiles y complejos”, a veces a través del silencio habitado, poblado por el consenso, puesto que habían descubierto que hablaban un lenguaje insospechadamente rico, que abarcaba el verbo pero también la respiración y el ritmo de los pasos...”. La casualidad de un encuentro en el colectivo, el diálogo entablado - con acuerdos y disensos-, dio origen a esta relación, cuyo desarrollo, cuyos avatares y final, dejo a cuenta del lector. Susy da pautas sin imponer soluciones, de acuerdo con lo que corresponde a la lectura activa, en la que cada cual debe participar. Más no puedo decir de la trayectoria de *El camino de la sangre*. Confieso que a lo largo de este comentario –breve, quise ser- fui tentado, cautivado por la belleza o la riqueza del texto, hasta llegar a abusar de las citas. Pero no me arrepiento, pues con ello creo haber incentivado la curiosidad del lector por recorrer las páginas del relato, con la misma pasión con que yo lo hice.

Corresponde aludir a un recurso de la técnica usada por la autora, quien escribe en el estilo predominante de la narrativa paraguaya en castellano, en castellano paraguayo, salpicado de palabras o expresiones en guaraní. Los diferentes autores, a comenzar por el iniciador, Horacio Quiroga, el gran chamán, ciudadano de las cuatro fronteras lingüísticas mercosureñas, y a partir de la utilización del castellano infiltrado de guaranismos, se han planteado soluciones lingüísticas, de cada autor. Es preciso recordar, naturalmente, la propuesta inicial del Abuelo Horacio en su *Décálogo* para cuentistas: utilizar el castellano regional infiltrado de palabras o inflexiones en guaraní, y hacerlo –como él lo dice- “con total despar-

pajo”, vale decir, sin preocuparse de traducir ni explicar nada; forzar al lector a comprender, utilizando a lo sumo una significación digerida, integrada, metafóricamente en el contexto. Nada más... y nada menos.

A propósito del tema en cuestión, Susy utiliza un “glosario” al final de cada capítulo. Es una opción posible, que respeto, pese a negarme a la inclusión en castellano de los temas guaraníes (no es éste el lugar de justificar mi posición).

Queda abierto el dilema; a cada cual le corresponde dar la solución más aceptable en su concepto, la que mejor responda a su sensibilidad, a la “autenticidad”, sin renunciar a la comprensión de su lenguaje, sin perder universalidad.

Quiero terminar con algunas observaciones referentes a un texto tan rico en sugerencias como éste. A medida que avanzaba en su lectura me sorprendía de las “dudas” que la autora se -y me- planteó a propósito de su relato, y que, entre otras cosas, tenían que ver con el “género”. Por ello me extendí, en algunos párrafos iniciales sobre ese aspecto “preceptivo” que, como las ideologías, dejaron de ser axiomas. Como señalé, *La sangre florecida* es un texto narrativo abierto, altamente poético, libre, inclusive en lo que atañe a la consecución cronológica. De tal manera escrito que el lector tiene opciones múltiples para seguirlo, componerlo a su manera y recomponerlo con su propia imaginación.

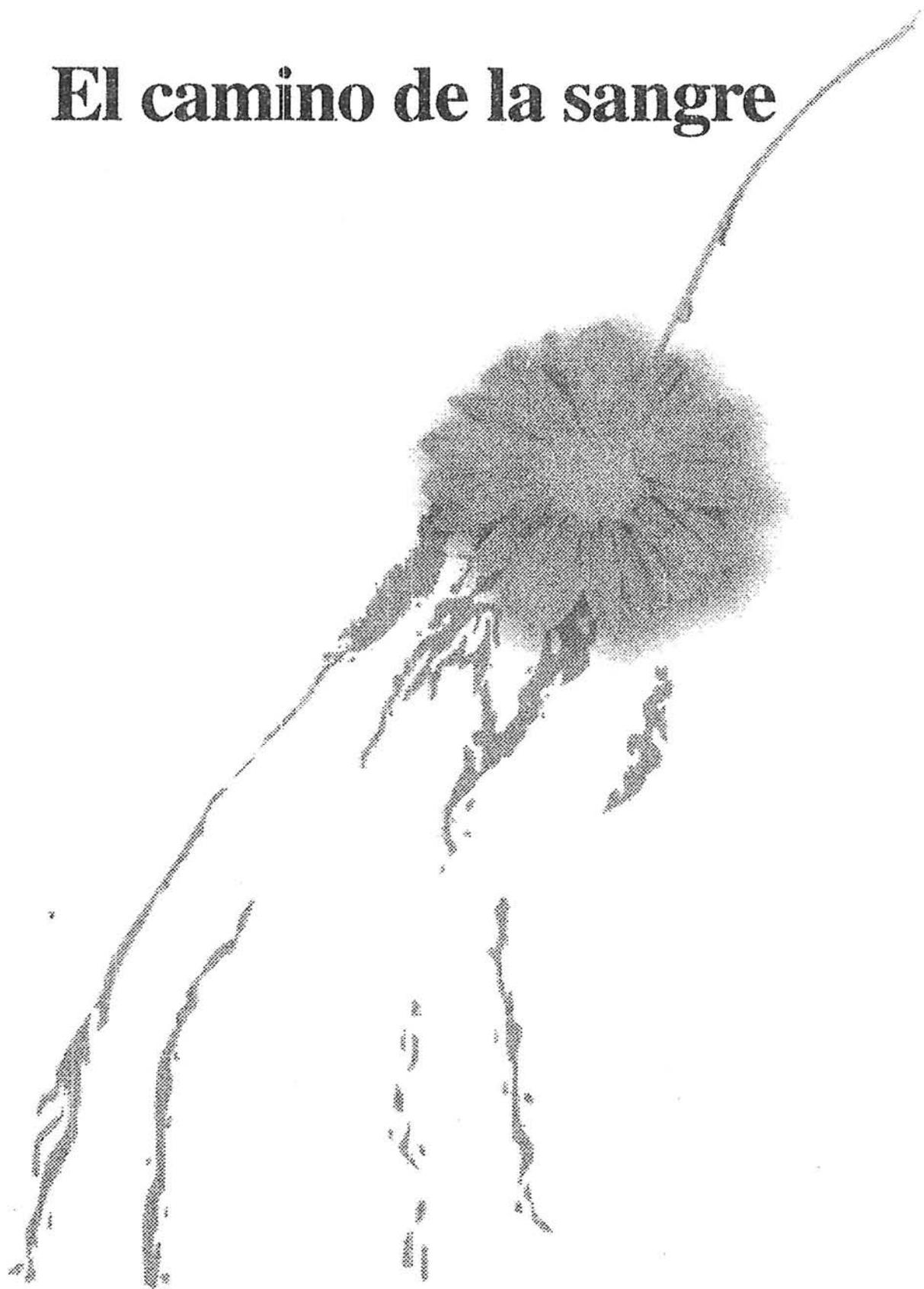
Otro aspecto que le da gran calidad es el conocimiento profundo del universo campesino en el que transcurre el relato, sin por ello caer en el realismo chato, ni menos en las limitaciones del esquema protestatario, ni en la caricatura panfletaria. Esto sin por ello renunciar a defender la dignidad de su pueblo, largamente sometido, sediento de justicia. No hay

riesgo alguno que esto ocurra, si detrás de la letra se encuentra la mano segura de una poeta como Susy.

Una mano roja, imborrable como la de Onofre, fija para siempre en la pared blanca. O mágica, como las vueltas reiteradas de la pora de la Abuela, tan bien retratada con floripones, como el alma de la capuera de su infancia.

Rubén Bareiro Saguier

El camino de la sangre



Maria'i empezó a vislumbrar la oscura sombra que la acechaba, cuando esa tarde descubrió la sangre que manaba, caliente y espesa, entre sus muslos flacos, tiñendo su pollerita de domingo. Cuánto empeño pondría después, tardes y tardes, aprovechando la siesteada de todos para que nadie la viera en tarea tan triste, emperrándose en lavar pollera y presentimiento, inútilmente. El manchón parecía más bien afirmarse con el tiempo y allí quedó para siempre, como advirtiéndole algo ineludible, algo que nunca acabó de descifrar, a lo que estaba irremediablemente atada. Fue su primera mancha de mujer, imborrable.

Y esa tarde, mientras hurgaba angustiosamente entre los escasos trapos del roperito, sofocándose toda ella ante esa extraña fuente que parecía no poder sofocarse..., empezó a recorrer un oscuro camino de sangre. O mejor, se sumó a este camino que, ella sintió, venía de lejos, muy lejos. Ya venía tal vez de aquellas tardes de las que le había hablado la Abuela, cuando aquella muchacha campesina, cuyos aires Maria'i ya no hubiera sabido imaginar, sangraba, impotente, perdida en los interminables naranjales, tratando de apurar la recogida y llegar a ese ansiado final de las hileras con una carga aceptable, apretando inútilmente las piernas, juntando en vano los pliegues de la falda, buscando ocultar la mancha oscura que

la iba tiñendo, sin poder escapar de las burlas implacables de los hombres.

La burla más o menos velada, más o menos cruel, siempre estuvo desde entonces, y la persiguió con esa mirada impiadosa que desnudaba algo que ella hubiera deseado mantener en el terreno de la privacidad, lanzada desde los corrillos callejeros donde la virilidad se pavoneaba de su poderío, entre piropos procaces y verdaderos torneos de proezas eróticas. Persistía en esa mano pesada y ruda que desde el guardapolvos blanco volvía de tanto en tanto para violar su vulva avergonzada, esa boca temblorosa que nunca alcanzó la suficiente paz para acceder al placer, a pesar de lo que afirmaba y juraba la Abuela: *Kuñia niko, opokónte hese kuimba'e ha ikan-gypáma...* Y la acosaban todo el tiempo, en cualquier lugar y hora, en esas carcajadas rotundas que despertaban ante la menor alusión a su destino de oscura e inútil fuente de sangre... *Kuñia rembo huguy va'erã*, para que acepte su destino, decían.

Desde esa tarde, intermitentemente, la fue asaltando la sensación de estar sucia, porque sangraba intermitentemente la misma sangre abundosa, hirviendo de coágulos que estallaban en su entrepierna. Cuánto sangró en verdad, desde esa tarde, frecuente, fatalmente, aunque no siempre con la luna llena que también parecía observarla como una madre omnipresente y cruel. Y cuánto dolió algunas veces, como esa noche absurda en que según unos le habían dicho, debían sonar violines y desatarse mariposas, y otros, que los demonios la

sorprenderían en la oscuridad para llevarla definitivamente a la esclavitud del pecado, por inaugurar la nueva brecha a la que había ingresado en su camino inevitable de mujer..., o la que le habían abierto para siempre entre las piernas, como la marca impresa por el macho, que llevaría hasta la muerte. Sin violines ni seres fantasmales, ella cumplió el rito como un negocio forzoso que más tarde o más temprano debía cumplirse, y en el momento crucial, sólo sintió un dolor punzante, una especie de incomodidad profunda que se alargó en los días, pintándole en la cara un nuevo motivo para las burlas, *oje pikáma katu Maria'i*. Cuánto dolió cuando el enorme toro negro que la venía acechando en sus correrías por aquel camino desolado, bordeado de malezas espinosas, finalmente la embistió y la penetró jadeando, babeando su furia devastadora, asfixiándola en su semen ardiente, destrozándola como si ella fuese un trapo viejo.

Cuánto, cuánto duele ahora, tal vez hasta el agotamiento, en este cuarto blanco, bajo esta luz intensa, enceguecedora, entrando, impotente, con los brazos atados y la boca enmudecida, vestida con esa extraña túnica amarilla, a ese largo túnel, tan largo que la devolvería como después de un viaje de años... Y sentir que cruza esta caverna sin fondo a una velocidad enloquecida, viéndose niña con la pandorga ahogada en el tupido mangal, ahogándose cuando la Abuela la persigue por el patio con el *typycha hũ*, el *typycha hũ* que la había corrido cuando aquel galope libre y feliz en el árbol flaco de la capuera acabó para ella con un tremendo golpe en la nuca y la dejó en el suelo como una muñeca destartalada, la muñeca que le regalaron por recitarle a la Virgen, la Virgen

que ni siquiera la miró y nunca escuchó sus ruegos ni intercedió ante su Hijo todopoderoso, el Hijo todopoderoso a quien ella una tarde se le plantó y le cantó las cuarenta, las cuarenta que le cantó también al Abuelo cuando éste llegó una noche bien servido y luego de levantar a la Abuela, amagó molerla a palos por la comida fría, la comida fría que comieron todos la tarde en que enterraron a la Abuela, la Abuela que le había advertido “*Ne mandu’a va’erã cherehe*”, por no haber querido casarse con el doctor tan bueno, el doctor tan bueno al que le llevaron una tarde cuando Maria’i recién había estrenado sus 13 añitos y la primera menstruación, a ver si le sacaba los dolores, y el doctor le dijo vení sentate aquí en mi pierna te vamos a sacar los dolores mi hija, y la amarró suavemente por la cintura para animarla mientras la otra mano inspeccionaba a ver un poco cómo está el asunto por aquí y tranquila nomás mi hija relajate que yo te voy a curar, y ella no entendía por qué la revisaba con tanta lentitud, haciendo círculos en sus muslos y subiendo despaciosamente hacia arriba, no tengas miedo mi hija que te va a doler un poquito y después no te va a doler nunca más, y cuando la mano de pronto cubrió firmemente el triángulo de carne apenas velado por los primeros vellos y un dedo caliente y gordo palpó su humedad palpitante, ella sintió un impulso como el que le despertaba el chasquido del *typycha hũ* de la Abuela, y de un salto estuvo en la calle, corriendo del doctor, de la tía, de la Abuela, de todos, *mitakuña’i* caprichosa, *animal saite*, a dónde lo que te vas, *ne Aña Memby...* Maria’i corrió, corrió y corrió hasta el fin del mundo, aquella tarde.

Cuánto siguió corriendo desde entonces. Tal vez nunca dejó de correr y sigue corriendo ahora, que parece llegar al final del túnel, después de ver su vida entera pasando veloz, inasible, por las ventanillas, hasta esa luz tan blanca, tan plena, que parece simplemente el vacío... Hasta vislumbrar en la borrachera del viaje, que no le queda nada del desfile inclemente, que no le queda sangre en las venas, que su sangre había acabado de derramarse, inútilmente, tal como había presentado la primera vez. Y sentir que su sino estaba cumplido, sin poder alcanzar al fin de este viaje, siquiera el dolor que también parece haberse perdido en ese camino oscuro.

Se había desangrado incansable, vanamente, igual que la Abuela, y anestesiada en el blanco vacío, sólo atinó a preguntarse a dónde habría ido a parar tanta sangre, si habría en la inmensidad del olvido alguna modesta tumba para tanta vida coagulada y perdida...

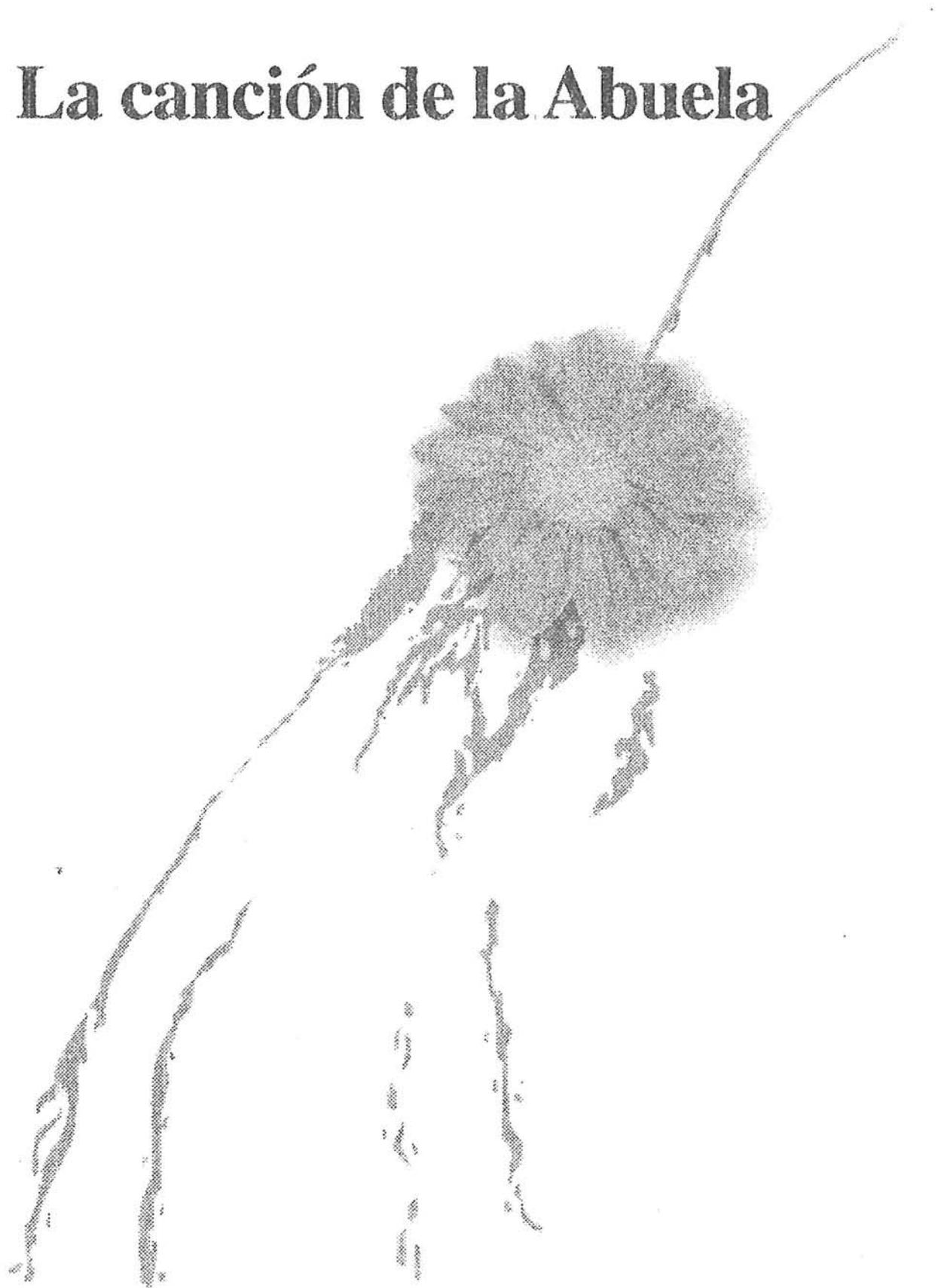
Pero en esa claridad final, enceguecedora y lacerante, del centro mismo del vacío, sin señales anunciadoras, milagro simple, llega ese muchacho de ojos redondos y dulces, atrevimiento puro, irresistible libertad, que la eligen y aman desde el primer relámpago, ese muchacho que empieza a abrazarla sin que ella se dé cuenta, que entra en ella mucho antes de descubrir que había empezado de nuevo a sangrar, que al descubrirlo se abandona a una carcajada limpia de placer, como si hubiera descubierto el secreto, la trampa más hermosa de la vida. Y entonces, por primera vez, la sangre de María*'*i se hace miel dulcísima, perfume embriagador que estalla en

el aire y se queda hamacando los sentidos hasta mucho después que el muchacho sea sólo un recuerdo viajando en el recuerdo. María'i se siente entonces ella misma sangre fragante, riendo a carcajadas.

GLOSARIO

- *Kuña niko, opokónte hese kuimba'e ha ikangypáma:* A la mujer, el hombre sólo la toca, y ya está entregada.
- *Kuña rembo huguy va'erã:* A la mujer hay que hacerla sangrar.
- *Oje pikáma katu María'i:* María'i ya fue probada.
- *Typycha hũ:* (Escoba negra) Hierba utilizada como chicote por las madres campesinas.
- *Ne mandu'a va'erã che rehe:* Has de acordarte de mí.
- *Animal saite:* Animal salvaje, arisco.
- *Ne Aña Memby:* Tú, hija del Diablo.

La canción de la Abuela



Aquella tarde, Maria'i se había quedado a cuidar la casa mientras los demás hacían su penoso trabajo en el cementerio, y abrumada todavía por una especie de sueño pesado, ni siquiera se preguntó de dónde había salido esa gallina flaca, de raleadas plumas, que irrumpió con destemplados cacareos en su intento de barrer y volver las cosas a la normalidad. Como si fuera algo muy natural, pensó que el animal era la Abuela, en una nueva forma adoptada para volver a ese cuarto viejo, repleto de trastos revueltos, su dominio indiscutible, de donde creyeron desterrarla con el largo ritual del último día. Era la Abuela que tal vez ni se había ido, haciéndose notar ruidosamente como era su costumbre, cuando algo estaba desubicado o perdido en el desorden. “Es la Abuela nomás” se dijo, entre el cansancio y una extraña convicción, y siguió barriendo, sin preguntarse por las cosas que se habrían descolocado en ese desbarajuste que invadió sin piedad la casa en los últimos meses, y se quedó pensando que cumplía el triste deber de amontonar y tirar al tacho un tiempo que se había acabado sin apelaciones. Maria'i lanzó un suspiro y se arremangó, dispuesta a seguir la vida. Recostó la escoba en un rincón y se olvidó de la gallina, creyendo que empezaba el olvido.

Pero la Abuela regresó muchas veces, si bien no volvió a tomar la forma de aquella gallina ni la de algún otro animal, sino el mismo rostro de kuñakaraí agraciada que la gente solía admirar, con las mismas manos secas y nudosas que en las noches de frío y de tos derretían el sebo de vela y producían el alivio milagroso en los pechos de aquellos niños *Aña mbaraka*, demonios vivos que tenían la maldita costumbre de corretear descalzos bajo los goterones de las canaletas, allí donde éstas formaban un verdadero charco, al borde del corredor... La Abuela volvía con la pañoleta anudada exactamente como siempre, como toda la vida, doblada en dos triángulos, con las dos puntas atadas en la nuca, y levantadas luego rodeando la cabeza, gracioso *akãpytihá* bajo el cual se adivinaban las peinetas de carey, ésas que ella reclamaba en cada Año Nuevo... Con esos pies breves y agrietados que rompían las alpargatas y remataban unas piernas ligeras, todavía agradables, de mujer que había trajinado los naranjales y había sabido esconder con la pañoleta de turno o el trapo que le servía para enjugarse el sudor, la menstruación que llegaba a veces, inoportuna, mezclándose con la humedad caliente que le recorría las piernas, bajo el pollerón floreado... Con esa figura que ella, *Maria'i*, su encanto de la mañanita y quebranto de todo el día y de tantos años, hubiera podido dibujar minuciosa, fielmente.

Sin embargo, con esos mismos pies, no había vuelto a caminar esos pasitos breves, rápidos, de *guata jeroiky* que acompañaba en los días claros con aquella polka vieja de sus tiempos de cantora: *Che Ama, che señorá, ndajuhúi ndejoguhaha...* Nunca más había esbozado esa sonrisa contenida y pí-

cara que en los días grises sugería grandes milagros interiores con un apenas susurrado *Ahechaykáta peéme hína...* y preanunciaba alguna delicia amasada con un poco de harina y hojas milagrosas, delicia capaz de quebrar el hambre voraz de las criaturas al final de la tarde, con un griterío de pájaros desbandados.

Volvió una y otra vez, obsesivamente, más que nada para continuar postrada en su pobre cama de enferma pobre, para enfermarse larga, angustiosa, agotadoramente. Y para morir de nuevo, una y mil veces, entre resurrecciones desde el mismo cajón o desde la propia tumba que era destapada cada cierto tiempo por esos hombres sin rostro que parecían cumplir un mandato ineludible. Aunque a Maria'i le costara reconocer esto, porque era como aquella imposible confesión a la Abuela los viernes por la noche frente al Jesús crucificado que ya se dormía de pie como ella, agriado de cansancio, mientras la oración al "Dulcísimo Señor, redentor nuestro..." se alargaba interminablemente entre maldiciones al comunismo, a la idolatría y al islamismo..., la Abuela se había afeado de un modo lastimoso, y según Maria'i sospechaba, irreparablemente. En ocasiones había insinuado su calavera entre los ojos secos y cuando parecía estar alcanzando la imposible cura, se moría de nuevo, de balde nomás. Hasta los vestidos que usaba, parecidos a los de cualquier buena señora, esos batones suaves, de flores discretas, que ella mandaba entallar para que ganaran un ligero vuelo y subrayaran su contoneo huesudo y coqueto, se fueron poniendo sucios, arrugados, tristes. Eso sí, en tantas resurrecciones y nuevas muertes, Maria'i pudo recuperar aquel vestido que la Abuela le había regalado

una tarde para premiar su paciente planchado -nadie planchaba como María'i, alisando hasta el alma de las prendas, renovando y soplando el carbón encendido de la plancha con la pantalla traqueteada, a lo largo y ancho de la tarde-, el que tenía unos dibujitos claros sobre un fondo azul oscuro, de esa seda barata que podía comprarse en el mercado, tan apetecible para la piel... Ese vestido que los parientes idiotas habían metido en el cajón, como queriendo engordar la pobre osamenta o deshacerse de una vez de todo eso que olía a muerte, con otras cosas merecedoras de un mejor destino que el de pudrirse en la perpetua oscuridad.

La misma y diferente, ella y no ella, la Abuela volvía una y otra y otra vez del olvido a lo increíble, a la pesadilla. A veces despertaba desde los mismos gusanos, languidecía entre los trapos fétidos, desmejoraba desde las venas azules y la pus que asomaban bajo el velo de una piel desteñida y agujereada, se arrugaba despacio y sin remedio y se moría otra vez. De pronto estallaba en recriminaciones sin término a esos hombres sin rostro, *Aña membyré*, porque la habían levantado desaprensivamente de la cama o de la tumba y cómo podía hacerse eso con una enferma tan muerta como ella o una muerta tan enferma como esta Abuela que se había desfigurado tanto hasta quedar irreconocible, *Aña rembyré*. La tumba se confundió muchas veces con el lecho de la enferma, y al revés. El camisón desteñido por tantos alcoholes ofició de mortaja y la mortaja fue el improvisado camisón para seguir peleando con la muerte que no acababa de llegar ni de irse.

El hecho es que, entre transmigraciones y recaídas, la Abuela se había vuelto amarga, huraña y fea. Y sus regresos se fueron convirtiendo de a poco para Maria'i en una costumbre fastidiosa, irritante, que le carcomía los nervios y la despertaban sudando en medio de la noche. Porque la Abuela se fue poniendo cada vez más exigente con el barrido de la pieza que se debía hacer tempranito y tan rápidamente como tardara en hervir el agua de la pava, protestando porque el mate estaba frío y la cama caliente, enojándose con el ventilador oxidado que enviaba el viento directamente a su cara, dándole en el rostro de vieja muerta el polvo de la pieza mal barrida, si total ya estaba para el tacho, para irse con el polvo nomás luego. Y en las tardes gritaba con el resto de voz que le sobraba, apurando por las tortillas y las pastillas que debían darle exactamente a las 6, con un poquito de leche porque le daban ganas de vomitar, y vomitaba igual aunque le dieran poco, pero claro, lo único que faltaba es que le quitaran también sus gustos, si ya le estaban quitando todo, estos *tekové pituvá* que no eran un poco más rápidos en darle esas dosis miserables de vida que le quedaban, destino y maldición de mujer.

La cosa llegó al límite una noche, cuando Maria'i se debatía entre el cansancio y el sueño y sonó el despertador de las pastillas negras. En el salto, a Maria'i se le cayó el frasco, y las pastillas rodaron enloquecidas bajo la sospechosa oscuridad de la cama, y la Abuela, desatada en un aluvión de palabrotas, levantó medio cuerpo temblequeando, mientras la lamparita a querosén estallaba con gran ruido. La Abuela manoteó y alcanzó a levantar con tal fuerza a Maria'i, que la tiró a su costado como si fuera una bolsa de papas, dejándola pega-

da a ese olor extraño de enferma o de muerta resucitada, o de querosén mezclado con humores añejos, con su oscuro destino de muchacha paranada, cayendo de a poco en un mareo extraño, sin poder entender si era ella o la Abuela quien olía tan mal y quien se fue durmiendo de a poco, tragándose eructos, haciendo gárgaras inentendibles, invocando y maldiciendo a dioses desconocidos, a dioses sordos, a dioses impotentes...

Maria'i nunca supo cuánto tiempo se había quedado dormida. Sólo le pareció que se había dormido largamente, como bajo un gran peso. Y tal como le ocurrió otras veces, el sueño le puso las cosas en su lugar. En un segundo, lo vio todo claro. En el centro de los misterios desenredados, vio nítidamente la que había sido su gran equivocación. Se llamaba Pedro y aquella tarde en que lo dejó ir, tenía una camisa de un bello y tranquilizador celeste, que ella ya había olvidado. Ahora podía recordar nítidamente su cuello abierto sobre el pecho ancho y velludo. Y el aroma de su colonia que sugería inviernos dulces, con eucaliptos machacados en la pava, después de duchas tibias con jabón de coco. Todo el futuro que se había negado a sí misma, se extendió sencilla y dulcemente frente a sus ojos, en ese instante. Si le hubiera dado al menos una esperanza, si hubiera sido un poco más gentil aquella tarde, aunque sea aliándose con las tortillas que le habían salido más ricas que nunca a la Abuela, amasadas con verduras y queso, doradas y fragantes, él se hubiera quedado para siempre. Y naturalmente, no se hubiera muerto en ese absurdo accidente, en el Brasil.

Cuando despertó, algo mareada todavía por un sueño pesado, aplastante, empezó instintivamente a barrer, con ese apuro que solía guiarla en la costumbre, tratando de despejar un poco el día de telarañas, papeles, cáscaras, restos de un día más que ya era un día menos, antes de que hirviera la pava. Entonces escuchó el cacareo destemplado, en la pieza que había dejado unos minutos antes, envuelta en esa neblina densa del alba y del despertar. Y cuando entró blandiendo la escoba para espantar a esa *Aña rymba tarová* que había venido no sé de dónde a ensuciar la casa y enturbiar la vida, los encontró allí, lavados y emperifollados como para celebrar una gran ocasión, alumbrados por un sol que había amanecido por completo, sentados en los sillones de mimbre que componían una especie de salita en ese cuarto de casa pobre más lleno de ausencias que de otra cosa, y ahora de pronto, arreglado y compuesto con la carpeta de crochet y algunas chucherías que la Abuela había sacado del baúl. Y ellos la miraron como diciéndole que la estaban esperando.

La Abuela tenía puesto el vestido de seda azul con dibujitos claros primorosamente planchado, y llevaba sobre las trenzas arrolladas, la pañoleta que solía ponerse en los días de fiesta. Se había pintado ligeramente los labios y sus mejillas competían con el dorado de sus zarcillos. El vestía la camisa celeste inmaculada, que desprendía un suave aroma a bosques altos, mentolados, dulces. Ellos se miraron haciendo un gesto que parecía indicar el fin de una importante conversación o la solución de un problema al mismo tiempo terrible y tonto. Entonces, él tomó el haz de leña cuidadosamente apilado, formado con listones de madera que dejaban adivinar

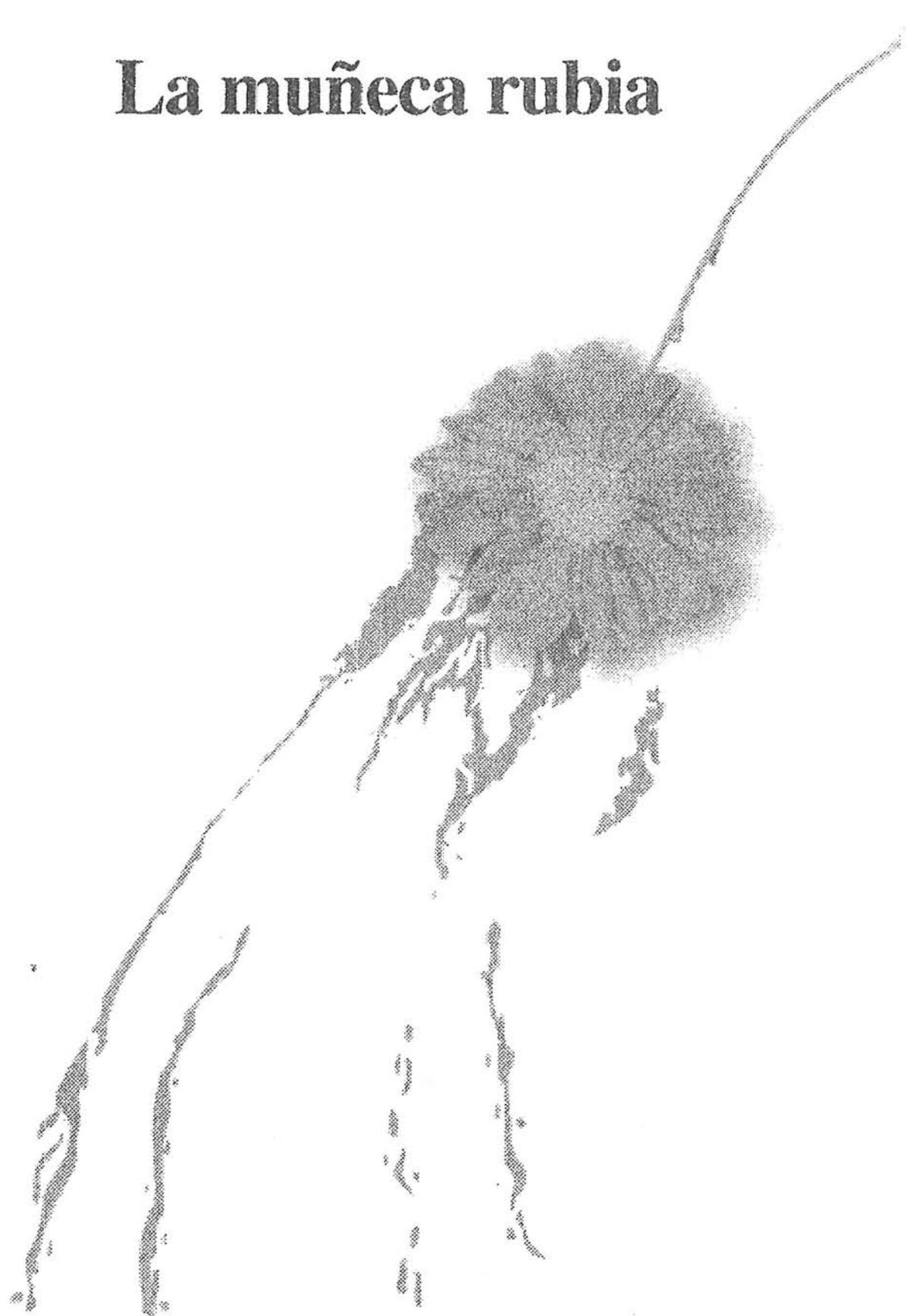
claramente su origen de cajón de muerto, y lo llevó hasta la esquina de la cocina vieja, cerca de las lenguas del fuego mañanero, sin que se le hiciera la menor mella en el celeste. La Abuela se levantó con esa sonrisa suave y misteriosa que solía ser un verdadero guiño de perdón y promesas, y al pasar a su lado, le acomodó a María'i un pliegue del vestido, idéntico al de ella. Y se alejó hacia la cocina, removiendo sugestivamente el aire con su pantalla nueva, contoneando las caderas, bajita y agraciada, cantando en voz baja esa canción que ella arreglaba y acomodaba a su gusto, con sus trajinados recursos de cantora: *Che Ama, che señora, ndajuhúi nde juguaha...*

GLOSARIO

- *Aña mbaraká*: guitarra del Diablo, se dice de la persona de cuidado.
- *Akãpytihá*: Pañuelo atado a la cabeza.
- *Guata jeroky*: caminar como bailando.
- *Che Ama, che señora, ndajuhúi nde juguaha...*: Mi dueña, señora mía, a quien te iguale no encuentro..." (primeros versos de la antigua canción "Che lucero aguai'y", de Juan Manuel Avalos)
- *Ahechaykáta peéme hína*: Voy a mostrarles algo a ustedes...
- *Añá membyré*: hijo del Diablo.

- *Aña rembyré*: sobra del Diablo.
- *Tekove pituva*: persona inútil, torpe.
- *Paranada*: en castellano paraguayo, se aplica a la persona inhábil, torpe.
- *Añá rymba tarová*: animal del Diablo, loco.

La muñeca rubia



Maria'i nunca pudo precisar cuándo había empezado a desconfiar de los seres superiores. Quién sabe, tal vez fue cuando en lugar de la muñeca rubia de grandes rulos y vestido turquesa que había visto en la revista y les había pedido a los Reyes se la regalaran ese 6 de enero, encontró en su zapato algunos caramelos y el consabido billete de 50 guaraníes que la Abuela ponía año tras año de una manera poco discreta, luego de abrir ruidosamente el cajón del ropero en el que guardaba sus escasos ahorros, atados al kabure'í ragué , con el pañuelito blanco. Siempre hizo como si no hubiera descubierto nada y como si siguiera creyendo en los camellos que se habían tomado el agua y todo eso, hasta que ya los zapatos daban para un billete mayor que nunca vino. Siempre hizo un poco de teatro celebratorio alrededor de los pobres regalos que ponía la Abuela, para que ella no percibiera su desilusión. Pero la verdad es que nunca se consoló de aquella ausencia.

Tal vez fue aquella tarde en que lloró durante unas tres horas, subida al guavirá -el árbol flaco y despelechado que ella había elegido para llorar sus penas habitualmente-, lanzando un vano clamor al cielo. Inútilmente había rogado al señor de las alturas que conmoviera la férrea negativa de la

Abuela de enviarla a Caacupé con algunas amigas, para pagar una importante promesa a la Virgen. Después de la hora y media, ya le había costado mantener el llanto, pero su sentimiento de culpa con la Virgen le hacía creer que este acto podía reparar mínimamente la grave falta en la que estaba incurriendo. Se había restregado los ojos hasta que éstos le dolieron y le regalaron unas lágrimas más, de compasión. Además, daba por descontado que la Virgen se iba a cobrar la deuda más tarde o más temprano, abandonando de nuevo al Abuelo a la maldita suerte del alcohol y sus tormentas indomables. Y así lo asumió por un buen tiempo, hasta que el persistente silencio celestial ante novenas, penitencias y promesas diversas, le devolvió nítidamente el recuerdo de aquella tarde en la que al fin y al cabo, ni la Virgen ni la Abuela la habían escuchado.

O tal vez fue aquella mañana, cuando al salir de la escuela, corriendo como llevada por el diablo, con la urgencia de ganar la libertad de la calle, tropezó con un angelito que llevaban al cementerio, entre una nube de jazmines y sombrillas desteñidas que luchaban por amortiguar el sol que caía a plomo sobre el triste cortejo. Justo cuando se había abierto paso entre unos mita'i que salían viboreando detrás de una pelota, ganando ya la calle, lo descubrió allí mismo, frente a sus narices, con las ojeras suavemente azuladas y los rulos grandes y rubios, igualitos a los de la muñeca, flotando entre los jazmines y dos absurdos moños rojos que alguien dijo, no condecían con el duelo y más parecían algo demoníaco. Las mujeres, cubiertas con sus mantos negros, intentaban llorar sin lograrlo, aplastadas por ese sol que parecía penetrar todas

las sombras, convirtiendo todo en una materia clara y pegajosa que despedía un vaho amargo, en el que se ahogaban los jazmines.

Ella había quedado preguntándose por mucho tiempo si el angelito era lindo o feo, hasta que se olvidó del tema.

Pudo haber sido en cambio aquella tarde en que Kai Luchí llegó con cara de noticia y, sentándose al borde del banco viejo, bajo la enramada -como si un apremio muy grande le impidiera acomodarse en sus listones de madera-, contó a los abuelos cómo habían matado el domingo pasado a Onofre, el muchacho más bueno y más cristiano y más buen hijo que había nacido hasta hoy en esta tierra. A los abuelos, que pelaban las mandiocas para la cena sentados en unas silletas, se les habían caído los cuchillos al escuchar el anuncio del tema, y no los recogieron hasta concluido el relato. Maria'i había escuchado los minuciosos pormenores de la tragedia con sus desprevenidos siete años, incluyendo las catorce puñaladas y la marca final de la mano de Onofre en la pared blanca pero tan blanca del almacén de Don Juan, antes de caer, junto al *sapirangy* del patio, ante el espanto de sus compañeros de truco.

Pero eso no era nada, o no era todo, porque Kai Luchí agregó que la noche anterior se había cruzado con el póra de Onofre, que le saludó amablemente y se alejó con la cabeza agachada, hacia el monte. A Maria'i, desde entonces, se le escapaban los ojos a esa pared blanca, cada vez que pasaba frente al almacén, entre fascinada y aterrada por la mano que seguía allí, como llamando a alguien, aun después que le pa-

saran una nueva mano de cal. Muchos fueron los intentos de borrarla, pero la mano reaparecía y la gente decía que Onofre estaba pidiendo ayuda, que no podía descansar en paz por alguna razón desconocida. Todas las novenas y misas fueron inútiles. La mano de sangre persistía en la pared blanca, como arañando el imposible consuelo.

En estas cosas pensaba María'i esa mañana, ahogada de calor en la pequeña iglesia donde el cura rezaba unas oraciones apuradas a Hilaria, encerrada para siempre en su pobre cajón de madera barata, con sus pobres flores marchitas. Había muerto el día anterior en el hospital al que llegó muy tarde, después de una extraña ausencia de quince días en la casa de María'i, quien esperó en vano durante ese lapso su llegada habitual hacia las 8 de la mañana, sus pasos familiares, rápidos, firmes, abriéndose paso entre la hojarasca y las ropas sucias, compartiendo quejas con una María'i que en el fondo, después de muchas vueltas de la vida y aunque fuera la que pagara entre las dos, era perfectamente igual a ella: una mujer con una montaña de quebrantos y muy escasos placeres.

Y al cabo de cinco años, en este final abrupto, María'i había conocido al fin, la noche anterior, el camino que recorría Hilaria hasta ese precario empleo que ella le ofrecía, trueque de desamparos, sólo que ella hizo el camino al revés, subiendo a los dos colectivos que Hilaria le había indicado y caminando la interminable calle de tierra hasta la casita en que quedaban los siete niños huérfanos, asombrados ante esa mamá tan callada y tan dormida, en ese cajón tan extraño en que la habían acostado. María'i descubrió entonces la medida exacta de su angustia al dividir entre siete la que flotaba

entre esas caritas que parecían entender tempranamente que nunca entenderían nada. Entonces, se había retirado con vergüenza, y entre la bruma de un llanto callado y espeso, con la rotundidad de una bofetada, algo se quebró dentro de ella. Ya no recordaba lo que le había picado aquel día, sólo que se había parado de pronto en medio del patio, quién iba a creerlo, *mitakuña'i chavi* como le decía la Abuela, con las piernitas agrietadas por las espinas de los yuyales y el invierno chamuscado en el viejo tataypy, con las trenzas rebeldes que se deshacían todo el tiempo, y el corazón siempre galopando, como en una carrera sin pausa ni final, que había estirado el cuello y le había dicho a Dios sin más vueltas que se fuera a la mierda porque quién se creía que era, que hacía lo que quería con la gente y se creía tan grande y tan bueno y tan todopoderoso, y acá abajo todo estaba como el carajo. Y porqué no venís y mirás un poco toda la porquería que hay aquí y arreglás un poco las cosas si te animás, si realmente sos Dios, vení si te animás, que yo tengo muchas cosas que preguntarte y te voy a cantar las cuarenta, vas a ver...

Había terminado de gritar, sofocada, justo cuando la Abuela apareció en el corredor con el *typycha'hũ* listo para enderezar cualquier desatino de los habituales, y sin embargo se quedó quieta, con los ojos muy abiertos. Después de un rato largo, la Abuela había empezado a balbucear que su pobre nieta tal vez no había quedado bien de la cabeza desde la barriga de su madre, que una noche se había caído del caballo con el sinvergüenza de su padre, en ese arroyo que no se puede cruzar por las noches porque hay algo que asusta a los caballos, y ella les había dicho muy bien que no se fueran y no le hicieron caso. Ella había recibido de vuelta a los maltre-

chos viajeros aquella noche, deshaciéndose entre el agua caliente para lavar un poco los moretones, la sábana limpia para la cama y la pantalla para aliviar el sudado desbarajuste, mientras el Abuelo remataba por lo sano la historia escapándose con la hamaca bajo el brazo hacia el patio trasero, escupiendo una maldición. A las mujeres nomás les quedan siempre los problemas, *Dios te salve, María...*

Igual de sofocada estaba María*'*i, en el momento del *Creo en Dios Padre Todo poderoso...*, después de pegar una rápida ojeada a la gente que llenaba la Iglesia, aquella mañana de verano, frente a una Hilaria que ya no se levantaría para sacudirle el polvo a los machitos que remoloneaban con el *terere* bajo el mango. Una incomodidad que la dejaba sin aire, la levantó resueltamente del banco y la hizo salir. Y apuró el paso cuando, camino a la puerta, se le interpuso una rubia gorda, de grandes cachetes, que rezaba a gritos y parecía avanzar resueltamente hacia el altar, vestida con un enceguedor vestido turquesa, peinada con unos grandes moños rojos que despedían llamas entre la multitud.

Desde entonces, nunca volvió a pisar templo alguno.

GLOSARIO

- *Kabure'í ragué*: pluma del Kabure'i, pájaro que da la suerte, especialmente en el amor.
- *Guavirá*: Arbol de porte más bien pequeño, de troncos y ramas flacas.
- *Kai Luchí*: De "Karai Luchí", apócope guaraní de Don Luciano.
- *Sapirangy*: Arbusto que crece en terrenos pobres; su látex se emplea para contener hemorragias.
- *Póra*: Anima, fantasma.
- *Mitakuña'í chaví*: Niña insignificante.
- *Tataypy*: Cocina campesina.
- *Typycha hũ*: (Escoba negra) Hierba utilizada por las madres campesinas como chicote.

El regreso



Maria'i se mece, se agita, jadea y suda copiosamente en el viejo catre que parece haber soportado muchos traqueteos como éste, mientras el trajinar temprano de los abuelos se filtra limpiamente por la ventana. Se aferra a la cabecera y acelera el ritmo de su vaivén, produciendo un ronquido intermitente en las maderas, que también va aumentando de volumen. Jadea larga, angustiosa, inútilmente, como en una carrera que pudo haber empezado hace mucho tiempo y que parece no tener fin.

El sol viola de pronto la persiana y pinta de franjas doradas el cuartucho, aunque persisten en él grandes manchones oscuros, entre los cuales se percibe la cabeza de Maria'i hundida en la almohada como queriendo escapar de la luz, y sus manos arañando algo indefinido entre el viejo colchón o una triste ausencia. Parece a punto de ahogarse en el intento, cuando intempestivamente el Abuelo abre la puerta y una sombra salta la ventana en un estrépito de aletazos extraños. El Abuelo despoja de un manotazo a Maria'i de la sábana amarillenta que mal cubría sus pudores. La luz mañanera parece trastabillar con sus palabrotas y su advertencia definitiva de que de balde son los clamores, *mitakuña'í revikua ky'á*, que ya se ve todo lo que va a ser, *kuña guie, putarã ...*

La Abuela se suma al alboroto, sacudiendo violentamente la sábana y luego haciendo un bollo con la misma, metien-

do la escoba a los tropezones en el cuarto, más que barriendo, golpeando todos los rincones, debajo de la cama, hasta la ventana y el aire, y finalmente, arrancando ruidosamente del baúl algo con lo que amenaza arreglar de una vez la cuenta de esta *Aña Memby* y toda la desvergüenza derramada en esta cama. Endereza de una bofetada a Maria'i de su posición fetal, y la viste con una extraña túnica que tiene algo de camisa de fuerza y de vestuario para un ritual. La estira en la cama, en la misma posición de firme que imponen en la fila del colegio, y le cierra con fuerza las manos alrededor de un rosario, con un aquí se terminó el cuento.

Un mareo creciente va invadiendo a Maria'i, que al principio ella atribuye a la desvelada y al largo jadeo inútil... Se siente invadida de a poco por nuevas y repentinas sombras, mientras el aire se vuelve espeso y caliente. Trata de decir algo, pero siente la lengua muerta y sólo emite un vago gemido. El cuarto empieza a girar delante de sus ojos, con los Abuelos echando espuma por la boca y sus palabrotas subiendo de tono hasta romperle los tímpanos.

La oscuridad envuelve por completo a Maria'i y al cabo de un momento imprecisable, ella amanece de nuevo en el túnel, aquel de sus tormentos, el temido agujero de los recuerdos muertos. Y es el mismo desfile que pasa enceguecedor ante sus ojos, o es ella quien corre, imparable e impotente, con los brazos atados y la lengua extirpada, ante ese espectáculo ya imposible de desandar. Un ruido como de engranajes oxidados o de tren destartado, se va tornando estruendo insoportable y en el desfile delirante ríen también escandalosamente la muñeca rubia, la camisa celeste de aquel

muchacho que partió al Brasil, el pollerón ensangrentado de los naranjales, la chata vieja en la que se iba el Abuelo después de cada angelito, la mano de Onofre pintada en la pared blanca, el Creo en Dios Padre Todopoderoso, las pastillas negras de la Abuela que se desparramaron en la oscuridad, el guavirá flaco donde se lloraban las penas, el cuarto de caña del Abuelo, la pava que hervía antes de terminar el barrido, el typycha hũ que enderezaba los desatinos, el billete de 50 guaraníes que traían los Reyes, la sangre florecida en el avatí soká, la Virgen que no se había apiadado de los ruegos, el camino que recorría Hilaria hasta la casa, la canción de la Abuela perdiéndose en el patio, la muerte que volvía una y otra vez a una cama parecida a ésta, en un túnel parecido a éste, donde las cosas se rehacían y deshacían hasta el paroxismo, hilvanando y deshilvanándose desde el entierro que iba por el viejo camino, el camino que iba hacia adelante y también hacia atrás, el camino por el que se fue la carreta llevándose la infancia, el camino que iba a la vieja casa...

Ya se asoma el viejo laurel, detrás de la última curva del camino, y Maria'i ahogada por la que tal vez sea la última polvareda de la última carreta que entorpezca su marcha en esta última legua que bajo el sol ardiente mide mil leguas, está llegando al final de su camino. Ya falta poco para aplacar esta sed, para aquietar este galope enloquecido del pecho, para secar este sudor y silenciar este jadeo largo y angustioso bajo la fresca enramada...

- Aguelo..., Aguela... Ajúma.

GLOSARIO:

- *Mitakuña'í revikua ky'á*: Niña culo sucio.
- *Kuña guie, putarã*: Si es mujer, ha de ser puta.
- *Aña Memby*: Hija del Diablo.
- *Guavirá*: Arbol de troncos y ramas flacas, de pequeños frutos amarillos.
- *Aguelo*: Abuelo.
- *Aguela*: Abuela.
- *Ajúma*: Estoy llegando.

La partida



El viaje empezó en realidad para Maria'i una mañana sofocante de enero, marcada a fuego en el paisaje neblinoso de sus recuerdos infantiles, en una carreta que partió hacia la mítica ciudad, bamboleando en la polvareda roja su carga de unos cuantos trapos viejos y algunos cacharros trasnochados de antiguos olores. Empezó con la Abuela llevando en una mano las riendas, y en la otra el látigo para reanimar a los cansinos bueyes que de trecho en trecho parecían abandonarse al sopor pesado de la mañana, inaugurando sin saberlo, muchos eneros imprevisibles. Y ella, Maria'i, inaugurando a su vez el vestidito preparado en las últimas semanas con inigualable celo, desayunando los últimos mangos de la capuera de su infancia que le pintaban floripones anaranjados a la pechera limpita hasta hace un momento. *Ahora vamo a viví con gente potí* le había advertido la Abuela, balbuceando la lengua de esa gente más gente que ellos, simples balbuceos de humanidad, tratando de darle la dimensión exacta de aquel cambio que iniciaban en sus vidas. Y entre mango y mango, entre los rezongos y algún manotazo de la Abuela, que no podía soltar el comando de la carreta, pero esta mitakuña'i no entiende lo que se le dice, porqué no comé la chipa, ne *Aña memby...*, algo le dijo a Maria'i adentro de su cabecita inquieta que estaba iniciando en realidad un viaje muy largo,

un viaje que duraría mucho más de lo que alcanzara a recorrer esa trajinada carreta.

Siete mangos se había despachado Maria'i en la primera hora de camino, y diecisiete eran los vestidos de su muñeca más pequeña, la de carey, articulada, que se prestaba maravillosamente para coserle vestiditos con volados, con cortes y mangas, con cuellos y lazos, la que venía esa mañana en algún viejo cajón de la carreta temblequeante, con su único vestido, igualito o casi al de ella misma, rosa claro, con cuello redondo y lazo en la cintura. No entendía y no entendería ya nunca por qué no le habían permitido traer los diecisiete vestiditos, un bulto no mayor que esa pequeña almohadita tirada por ahí, sobre los trastos, una almohadita como la que empezó a necesitar cuando los siete mangos le fueron pesando en el cuerpo como una carreta llena de piedras, aplastándola en una pesada modorra. El Abuelo, que vendría en la segunda carreta, tampoco los traería, porque desde cuándo los hombres se enredan con muñecas y con cosas de criaturas.

Prefirió atender a su modorra antes que hacer inútiles recuentos de los que nadie ya se apiadaría, se lavó mal que mal las manos con el agua de la cantimplora y recostó la cabeza sobre el baúl viejo en el que cabía todo el mundo de la Abuela: dos o tres sábanas viejas, almidonadas y perfumadas con pacholí "para cuando me muera", la carpeta de crochet del santo, el rebozo de lana, el rosario y el atadito en el que la vieja guardaba sus "riquezas", compuestas de unos pendientes de oro, algún dinerito, una estampita y un kabure'í ragué.

La modorra de Maria'i se emperraba, peleando con el traqueteo de la carreta y la incomodidad extrema de la almo-

hada. Maria'i, con la mano frente a los ojos a modo de visera, iba descubriendo entre sus deditos la agitación repartida a lo largo del camino, a la que no había prestado la menor atención hasta entonces, ensimismada en sus propios intereses: de portón en portón, peones sudorosos hombreado bolsas que cargaban en carretas como ésa en la que ellas iban, una mujer que las detuvo un momento y les dio un melón oloroso para el camino, y todos, saludando, despidiéndolas, deseándoles suerte y prometiendo visitarlas en su nueva casa. Y alguien más todavía, con una canastita llena de tortillas, como las que hacía la Abuela por las tardecitas, desde que Maria'i tuvo conciencia, esas que le sacaban unas ronchas rosadas, grandes, que ardían en las noches con una fiebre que la atontaba, igual a la que esa mañana empezaba a causarle ese sol de fuego del que no había querido cubrirse, porque los sombreros son para los hombres y las pañueletas para las viejas.

La fiebre solía marear a Maria'i hasta que las imágenes se le empezaban a mezclar, en una danza enloquecida, como le fue ocurriendo esa mañana, en la carreta vieja. Pero la Abuela seguía haciendo tortillas, tercamente, por las tardes, insistiéndole a María'i que no fuera tan delicada como una niña fifi, que los pobres comen lo que hay, y si no hay, no comen. Y los pobres no se pueden enfermar por macanas, repetía, mientras transigía en espolvorear las ronchas de Maria'i con almidón mojado en caña y un *Dios te Salve María* apurado. Y la Abuela ya saltaba al patio para el barrido, la Abuela rezongaba por la borrachera del Abuelo, la Abuela se hundía en la ropa sucia, la Abuela peleaba con los perros hambrientos, el Abuelo malcriaba a los perros, a los gatos y a los niños, la Abuela hacía de nuevo tortillas, el Abuelo cazaba pajaritos

con la hondita, la Abuela se quemaba con la leche que hervía en la cacerola grande, el Abuelo capaba a los toros, la Abuela zurcía por vigésima vez unos pantalones, el Abuelo partía hacia el norte con el poncho al hombro, la Abuela bañaba a María'i en una verdadera batalla campal, la Abuela recogía uvas negras, blancas y rubitas de la enredadera, el Abuelo hacía el vino en una gran batea, la Abuela masajeaba con sebo de vela caliente los pechos atorados de flema rebelde, el Abuelo traía las hierbas y semillas para la horchata, la Abuela sacaba el agua del pozo haciendo cantar alegremente la roldana, el Abuelo cantaba al bajar de la capuera, la Abuela no se cansaba de rezar, el Abuelo era el Ñembo'e'ýva, la Abuela escupía palabrotas de día y de noche, el Abuelo agotaba los insultos en una sola palabrota, la Abuela reprochaba a María'i que no se había casado con un hombre bueno como el doctor, la Abuela lloraba cuando ella partía hacia el sur, María'i estaba siempre partiendo igual que el Abuelo, la Abuela molía a palos al Abuelo antes de acostarse para morir, la Abuela se moría en su camastro viejo, la Abuela revivía una y otra vez, la Abuela enterraba a María'i en un día sofocante de enero, la Abuela la hacía revivir al chasquido del typycha hũ, el Abuelo estaba casi siempre lejos, la Abuela la llevaba en un viaje sin término en una carreta destartalada, la Abuela cantaba por las mañanitas y cuando el sueño vencía al fin las ronchas, las preguntas, las cosquillas, las chinches, los fantasmas de María'i: *Llena el alma de suspiro, asegúita che rape, adio che vy'a hague...*

GLOSARIO

- *Ahora vamo a viví con gente potĩ*: Ahora vamos a vivir con gente limpia.
- *Mitakuña'í*: Niña.
- *Aña Memby*: Hija del diablo.
- *Pacholí*: Planta con cuyas hojas olorosas se perfuma la ropa limpia.
- *Kabure'í ragué*: pluma del Kabure'i, pájaro que da la suerte, especialmente en el amor.
- *Fifi*: Elegante, delicada.
- *Ñembo'e'yva*: Guía, conductor del rezo.
- *Typycha hũ*: (Escoba negra) Hierba utilizada como chicote por las madres campesinas.
- *Llena el alma de suspiro, aseguíta che rape, adio che vy'a hague...*: (Llena el alma de suspiro, voy a seguir mi camino, adiós lugar donde fui feliz) Versos de *Adio che parahekue* (Adiós, mi paraje), canción de Emiliano R. Fernández.

La sangre florecida



La Abuela sintió que había llegado para ella el día señalado. Algo se lo dijo claramente, dentro de su cuerpo fatigado. Tomó el avatí soká del mortero que guardaba en su cuenco oscuro los olores de innombrables esfuerzos, macerados en larga ausencia y pobreza, con un agua salada que bien podía ser la que goteaba de los brazos o la que vertían los ojos, porque sabían exactamente igual... Y emprendió aquella tarea, por tanto tiempo temida y soñada. Sintió que en ese mazo pesado y mugriento que latía en sus manos como a punto de estallar, dormía un acto de justicia, la flor de un día, hermosa, inaplazable.

La Abuela reunió en su puño los ochenta años de pisar maíz pobre y desprecio en un mortero sordo, rezó una brevísima y extraña oración con los dientes apretados, y descargó todo el peso acumulado, de un rotundo golpe, en las espaldas del viejo que cumplía su ritual diario de rezongar con los yuyos del tereré en las manos, porque era un verdadero escándalo que las mujeres no se los pisaran en el mortero. Lo que es trabajo de mujer, tiene que hacerlo la mujer. “Así mismo”, pensó ella y empezó a esparcir furiosos golpes en el cuerpo flaco y desvencijado del viejo, que sólo atinó a doblarse bajo los golpes, como si buscara la protección de la tierra, atreviéndose apenas a espiar entre los dedos con los cuales se tapó el rostro, aterrado.

Mientras cumplía su extraño ritual, ella recorrió mentalmente toda la cuenta que el viejo tenía con ella. Desde esos abandonos que empezaron en tiempos de la guerra -la única vez que no se fue por propia voluntad- y luego se fueron volviendo costumbre, con la excusa de salir a buscar un poco de plata para los cuatro hijos que les quedaban, de los diez que habían tenido la infelicidad de nacer en ese hogar de trapos viejos y cosechas magras. Recordó esa especie de fastidio que parecía ir aumentando en su marido, con cada angelito que sumaban a las pequeñas cruces del cementerio. Y que al hombre de la casa nunca se le ocurría mejor remedio al problema, que irse... Quién sabe si no era para sembrar de más angelitos otros cementerios.

Ella se quedaba con esas cuatro bocas pequeñas pero hambrientas y lo poco que dejaban esos tekoreí mondahá que cruzaban la chacra abandonada, en sus sinvergüenceadas sies-terras. Se quedaba con la miseria que ella misma y su ahijado -un muchachón rengo y arruinado - alcanzaban a sembrar por ahí cerca de la casa nomás, hasta donde esos haraganes no se animaban a llegar. Se quedaba con la pulmonía haciendo estragos en los niños y el viento sur que violaba impunemente el rancho por las ventanas rotas, amenazando robarse el techo de paja cuando arreciaban las tormentas. Se quedaba con el barro que invadía la cocinita y su piso de tierra cenicienta, y los perros, más avivados y rápidos que los niños en apoderarse de las tortillas, por las tardes.

El Abuelo volvía de sus viajes cada tanto -tres, seis, ocho meses, quién sabe, porque la Abuela prefería no llevar la cuenta- y descargaba bajo la parralera, con gesto grandilocuente y jactancioso, unos kilos de fariña, una lata de aceite y a veces,

unos metros de algodón floreado para las mujeres, para que vieran que no se fue a farrear nomás por ahí. Les mostraba la cosecha de su sudor, evaluando minuciosamente lo que le había costado, y se sentaba en el banco viejo, sacándose la camisa y pidiendo el tereré.

Cuando al fin al viejo se le dio por quedarse quieto, aburrido tal vez de esos viajes que le cuarteaban la piel, en esas chatas que hervían durante el día bajo el sol despiadado del norte, y le devolvían por las noches una caricias tan magras como el avío de esas expediciones, en esas aguas y esos puertos donde se podía perder todo, empezando por la juventud y la esperanza... Cuando el Abuelo acomodó con gesto definitivo el poncho que le había acompañado en tantas intemperies inútiles, el cuchillo grande para todo uso en su vaina descosida de tanto traqueteo, y algún documento amarillento y manoseado, en el cuartito que la Abuela le asignó ..., ésta borroneó en su corazón, con un resto de credulidad que le quedaba, la esperanza de que empezaba al fin el tiempo de la tranquilidad. Pero al cabo de algunos días de largas siestas y más largos relatos sobre sus aventurados viajes por el pan de la familia, el Abuelo no tuvo mejor idea que salir a buscar la primera *mítakuña 'í revikua ky'á* con la que pudiera sacarse el aburrimiento.

Entonces empezó un abandono más simple pero no menos doloroso para su esposa. Un abandono practicado desde cerca, porque la chiquilina puta vivía a menos de un kilómetro, en una casucha hacia donde él se encaminaba por las tardecitas, con el agua del arroyo secándosele de a poco bajo la camisa planchada por la Abuela, con el jabón envuelto en

una hoja de banana y guardado en el bolsillo nomás para no perder tiempo, con los ojos que le brillaban igual que la piel... Si alguien le preguntaba, decía que iba al bolicho, como era natural, y no mentía del todo, porque pasaba por ahí antes o después de la chica, según necesitara tomar fuerzas para ablandar su cuerpecito torpe, o tal vez olvidar que esa tarde no había podido hacer nada, después de haber hombreado veinte bolsas de mandioca y quién sabe qué más. En esos casos, el viejo solía necesitar muchas idas y vueltas del almacenero desde el mostrador a la mesa con el cuarto de caña, y oscuramente insistía en hablar de política y de lo bien que le iba al país después que se fueron todos esos comunistas herejes, a sus compadres que de tanto en tanto le interrumpían para que se dejara de dar vueltas y de decir macanadas, que ya lo conocían. Pero él insistía en garabatear su disquisición política en el aire pesado del almacén, densificado al paso de la tarde por el movimiento que producían los repartidores descamisados y prepotentes que traían harina y fideos de la Capital, y los peones que se unían al ruedo de la caña, oliendo a incontables hombreadas. Envalentonado de a poco por los sucesivos kuartí, el viejo pasaba revista a las últimas revoluciones de este país que no se puede levantar por culpa de los bandidos, haraganes y herejes, estos *Aña rembiguái* que habían traído todas las maldiciones a nuestra tierra... Y cuando algún compadre bien entonado como él, al cabo de varias intentonas, lograba abrir un resquicio en su discurso monocorde para cantarle con un puñetazo en la mesa que el *Aña rembiguái* es éste que vos votaste, *nde výro*, y que está espantando o matando a los mejores jóvenes de este país, y dejate ya de hablar de balde cuando no ligaste nada... El Abuelo, al contrario de lo que le mandaba la hombría, se limitaba a un sonoro *Aña rakópe guaré*

y se retiraba, tambaleándose, buscando el camino de regreso envuelto en la bruma espesa del alcohol.

La Abuela se había percatado muy pronto de que su marido ya no tenía arreglo. Y entonces, aunque siempre respetó el juramento de casada y nunca lo echó de la casa, clausuró para siempre la posibilidad de que éste llegara hasta su lecho, con la sencilla operación de ubicar a su lado a los nietos, todas las noches, en la enorme cama matrimonial. El viejo merodeaba el cuarto cuando las luces se habían apagado, hablando solo o contándole a las sombras sus viejas ronchas incurables, y podía desatar tremebundas tormentas cuando regresaba bien servido por las noches, despertando y levantando a todo el mundo, pero las criaturas tenían el extraño poder de ponerlo en su lugar y hacer que se tragara la furia. A la sola presencia de los niños, el Abuelo se callaba, se enroscaba en sí mismo como el ambu'á, y se quedaba rumiando por lo bajo sus palabrotas, temblando casi imperceptiblemente, de rabia y de vergüenza.

Pero según las *maliciadas* de los hijos, el viejo logró burlar una vez el férreo muro que había impuesto la Abuela. Fue en Navidad, aprovechando el ablandamiento que produce hasta en el cristiano más duro, esa atmósfera de flor de coco y piñas maduras, con un niño de barro tan bueno que no lloraba ni para mamar y que se sumaba a la modorra general, producida tal vez por el clericó que se hamacaba sin más penas, en las tripas... Dicen que fue con las sombras de la nochecita, cuando los mita'i salieron a correr por el pastizal con los ajitos y tres por tres colgando de las manos, sembrando un alboroto de luces en el descampado, hartos de tanto

asado, mientras los mayores se repartieron entre los platos sucios y una truqueada. Y alguien dijo que el tepotí había ocurrido en el catre que se solía tender bajo la tupida enramada para socorrer a cualquiera que necesitara reparar las fuerzas o alguna vieja cuenta, cobijado por la sombra y el zumbido de las cigarras.

Los hijos aseguraron que esa vez ocurrió lo que no tenía que ocurrir, porque un tiempo después, la Abuela empezó a sangrar y ya no estaba en edad de eso, y empezó a hinchársele la panza, lo cual ya no tenía razón ni sentido ni explicación, porque desde cuándo las viejas pueden encargar criatura.

Los males siempre vienen del varón, que nació para eso, para ser la perdición de la mujer. Y el mal de él se le pegó a la Abuela, como un designio que burló el abandono de él y el abandono de ella y terminó riéndose de todos, convertido en un bicho sangrante que iba engordando en las entrañas negras y enmohecidas de la vieja. Pero quién iba a creer que a esta altura la Abuela pudiera agarrarse algún mal, ni que se fuera debilitando, justo ella que con su metro y piquito nunca se había resfriado y parecía que iba a curar muchas toses todavía, o en todo caso, iba a enterrar a muchos apulmonados.

Al principio, todos creyeron que con unas fricciones calientes se le iba a ir esa hinchazón tan extraña y hasta les pareció que el gesto del viejo, prestando su caña para el menjunje con ruda mandado por la curandera, era muy buena señal. Ni qué decir cuando vieron que ella seguía pisando en el mortero con panza y todo, el so'ó pirú y el maíz, la mandioca y lo que Dios ponía en esa casa, parecía confirmarles que a la Abuela no había huracán que la pudiera echar. Pero el bicho siguió creciendo sordamente, hasta que terminó su trabajo de

carcomer desde adentro, cuando ya no quedaron órganos buenos y piadosos para que la dueña a su vez pudiera seguir comiendo y respirando y malviviendo un resto miserable de vida. Hasta que no quedó sino esa red enmarañada de tentáculos que la fue habitando y recorriendo...

Ella sintió ese día que la maraña de tentáculos se extendía y llegaba hasta sus manos. Y que esos tentáculos no podían dejar de moverse hasta completar su tarea, por eso seguían pegando el pobre cuerpo del viejo, mientras ella balbuceaba a punto del sofoco, *ne Aña Memby chembo hasýva, che jukaharã*.

Cuando el Abuelo de pronto se quedó quietito, como si se hubiera quedado dormido bajo los golpes, o como si estuviera dando la señal de que la cuenta al fin se había saldado, ella vio estallar una gota de sangre en el hombro del viejo, igualita a la que se había pegado al avati soka. La sangre sólo hace justicia con la sangre. En medio de su cansancio extremo, vio que esta última era una gota viva, que se empezó a mover en forma sinuosa y en un minuto se convirtió en una hermosa flor. La Abuela vio claramente la sangre florecida, justo cuando ocurrió el otro estallido, ése que manó de pronto un agua friste, como una oscura fuente nacida en sus deshilachadas vísceras, que empezó a regar el suelo con el caldito de verduras que ella había almorzado ese día, con cada una de las arvejas que se había atrevido a tragar, envejecidas y arrugadas como ella, al fin de esa jornada agotadora.

Fue entonces cuando ella arrancó la flor del madero hediendo en que había brotado y se la puso en el pelo, sujetándola con las trenzas, como en sus mejores tiempos de ku-

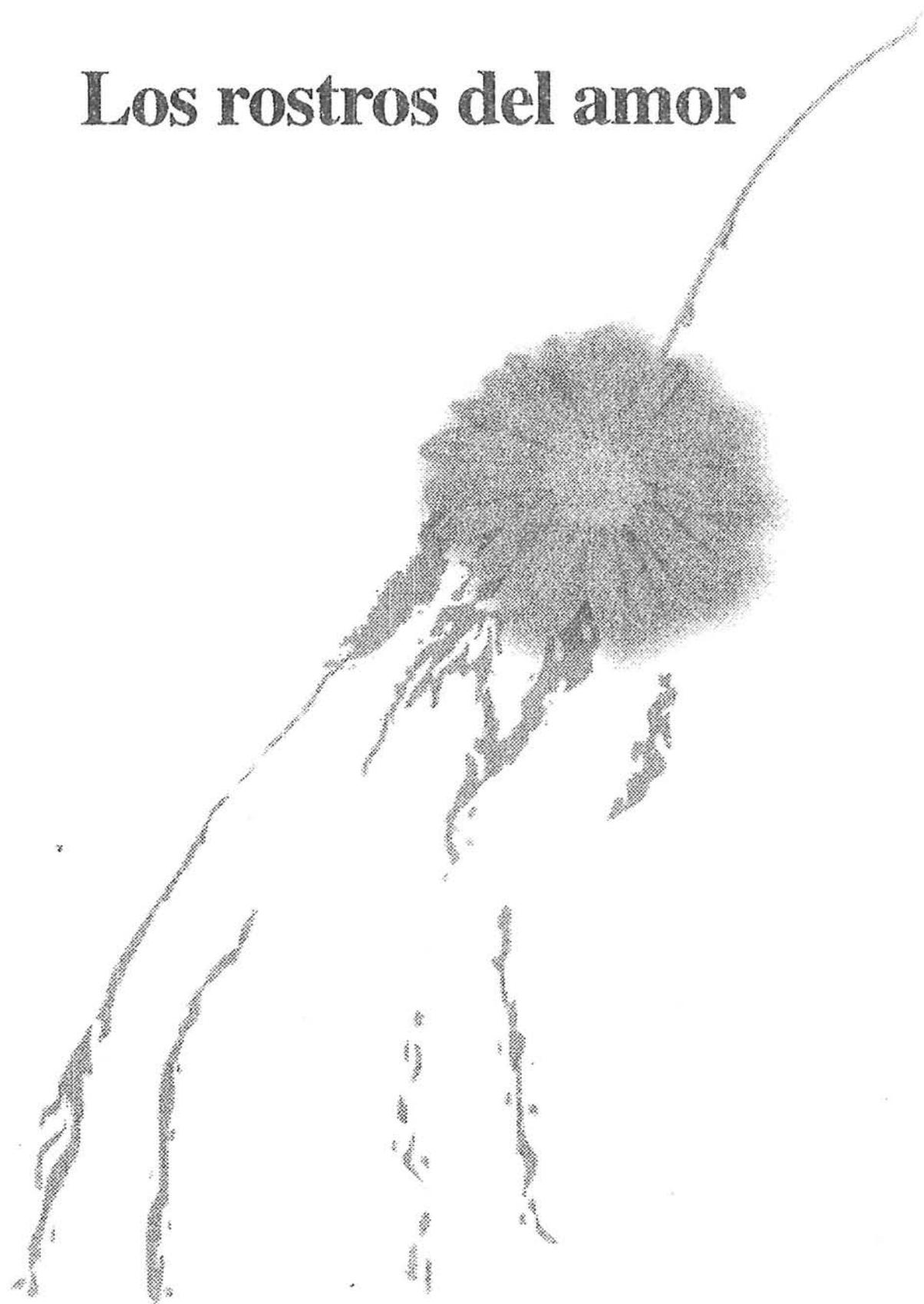
ñakaraí agraciada. Tiró el mazo ya inservible al fuego que se consumía lentamente en la cocina y se acostó, sabiendo que no volvería a levantarse.

GLOSARIO

- *Avatí soká*: mazo.
- *Tereré*: mate frío, bebida refrescante.
- *Tekoreí mondahá*: Gente ociosa, ladrona.
- *Arruinado*: en acepción del castellano paraguayo, hombre torpe.
- *Mitakuña 'í revikua ky'á*: chiquilina culo sucio.
- *Bolicho*: Boliche, almacén.
- *Hombrear*: cargar al hombro.
- *Kuartí*: Cuarto de caña.
- *Aña rembiguái*: Siervo del Diablo.
- *Nde výro*: Tú, tonto.
- *Aña rakópe guare*: Salido de la concha del diablo.
- *Ambu'á*: animal similar al cien-pies, que se enrosca al menor contacto.
- *Maliciar*: En castellano paraguayo, sospechar.
- *Tepotí*: Mierda, suceso desafortunado.

- *Apulmoniado*: Quien adquirió la pulmonía.
- *So'o pirú*: carne seca.
- *Aña memby chembo hasýva, che jukaharã*: hijo del Diablo que me enfermas, que me matará.
- *Kuñakaraí*: señora.

Los rostros del amor



Aquel muchacho de ojos redondos y dulces había curado a María'i de tantas cosas, que un buen día ella pasó a llamarse María. Sólo María, simple, libre, guyrá saité, catadora de la lluvia, bailarina de sueños, sorteadora de intemperies, alquimista de ternuras, equilibrista de amores.

Cuando Nahuel se fue con sus botas tejanas, sus vaqueros gastados y su desgarmo irresistible, diciéndole que llevaba su olor como prenda preciosa, ella accedió al fin a la ancha puerta de la vida y empezó a degustar todo su rico mbaipy de sabores. Sin embargo, nunca pudo recuperar aquella sensación purísima, tan clara que encandilaba el alma, que tuvo al amar y ser amada por aquel muchacho.

Pasó por muchos rostros, muchos nombres, muchos cuerpos, entre el descubrimiento y la búsqueda. En cada piel, en cada temblor nuevo, fue develando los múltiples rostros del amor, las incontables intensidades que puede abrir la sensibilidad, las insospechadas honduras del orgasmo. Con Nahuel había aprendido que bajo el orgasmo primero, el que llega con el encuentro torpe e inseguro de los amantes principiantes, duermen otros orgasmos estremecedores, abismales, capaces de conducir a la dulzura más embriagadora, y a ese punto en el cual el placer se une a la locura. Y esto le sirvió para ir barajando sobre su cuerpo hambriento de ardores, todo el re-

gistro de matices que podían darle los hombres que fueron ofreciéndole el suyo.

Cuando María entró un día a su casa portando en sus brazos el tercer hijo que la vida le había echado en el vientre, creyó entender que la aventura había culminado. Mirando al pequeño que latía en su regazo y a los otros dos que tiraban de su falda abriendo sus grandes ojos, como preguntándose cuántas ansiedades tenía que calmar todavía su madre, María se sentó esa mañana bajo la sombra del jazminero, abrazando como podía a las tres criaturas, e hizo un balance no más largo de lo que le permitió una mamada del pahagué. Sin concederle chance a la nostalgia o a la tristeza, sacudió en su mente unos ramalazos de recuerdos que le devolvieron a aquel muchacho de larga melena negra, más bello que el Corazón de Jesús de la Abuela, que llegó una tarde a su corazón de María*'*i sin preavisos y con un aluvión de dulzuras atragantado en el pecho; a aquel moreno flaco que la dejó bajo la lluvia con su explicación y su panza incipiente, sin querer entender que la liberalidad de María no le impedía ser sincera; a aquel de la piel de durazno que ella miraba por las noches como quien disfruta de un raro privilegio; aquel que la buscaba como un niño y la amaba sin descanso ni límites; aquel que ella buscó como al remanso necesario después de las tormentas; aquel que supo rogar y adorar exactamente hasta tenerla una noche; aquel que aprendió a amarla más allá de sus incurables preguntas y ansiedades, pájaro salvaje, inapresable...

María consideró que era suficiente, que seguramente no le faltaba mucho por conocer. *Iporãma* se dijo, buscando el olvidado tono de la Abuela. Acarició las tres caritas y pensó.

que con estos tres quebrantos hermosos, ya podía recordar en paz a Hilaria, fallecida cuando ella tenía apenas al primero. Se recluyó en la pequeña casa que había elegido para criar a sus hijos y se concentró en los pantaloncitos y blusas, las fiebres, los cuadernos, las vacunas, los horarios a los que decidió someterse porque ya era hora de ser una mujer con los pies en la tierra. *Che akã guapyhápema*, insistió, entrando resueltamente a la casa, imitando aquel caminar firme y seguro de Hilaria, que se enfrentaba y vencía a todos los desafíos.

Los varones que se le cruzaron desde entonces, pasaron a ser personas asexuadas, que establecieron con ella relaciones y lenguajes directos, llanos, sin misterios ni inquietudes. Y María mantenía con los más cercanos, una amistad descomprometida, respetuosa.

Un día, viajando en el colectivo habitual, una fuerte disputa entre el conductor y un pasajero por el vuelto que éste había recibido, hizo que el hombre anónimo y gris que iba a su lado se volviera de pronto comunicativo hasta el apasionamiento, despertándole también a ella el viejo y olvidado hábito de discutir. Y no, señorita o señora, usted no entiende nada porque usted debe estar recibiendo favores de esta gente que es capaz de estafar por nada y por todo. Y quien no entiende es usted, que no sabe ver a los otros cuervos que lo están acechando. Pero usted quién se cree, qué ha aportado usted para que las cosas cambien. Y usted por qué supone que yo no pude haber aportado nada, o usted ahora es mi Mamá... La discusión subió tanto de tono, y se prolongó tanto, que María y el hombre culminaron el viaje en la terminal, mirándose extrañados, en el colectivo vacío.

Recuperando el aliento en el viaje de regreso, tratando de concluir la charla de un modo educado, se presentaron, María y Manfredo, y tal vez picaneados por la discusión, ambos buscaron saber si ese viaje en colectivo era más o menos habitual en el otro. Y no pudieron contener una sonrisa prometedora de revancha, cuando descubrieron que había una posibilidad diaria de encuentro, nada menos.

Efectivamente, la coincidencia se produjo diariamente desde entonces, a excepción de un día en que ella perdió el colectivo por una caída desafortunada de su hijo pequeño que corría para darle el beso de despedida. Sin embargo, después de esa primera discusión que pareció haber agotado el vocabulario de ambos, Manfredo y María no necesitaron apoyarse demasiado en las palabras. Después de los primeros saludos entre nerviosos y divertidos, muy pronto descubrieron que miraban al mismo tiempo la cicatriz del canillita, que les angustiaban las ventanillas cerradas, que los ofendía el modo en que empujaban a los mita'í hacia atrás, como si fueran bolsas de papa, y que disfrutaban con la lluvia que golpeaba los cristales. Es más, empezaron a notar que detrás del canillita y de todo cuanto podían percibir, detrás del silencio y de sus voces, entre ellos fluía un río más profundo, que fue asomando sus señales en el brillo de los ojos, en el ritmo de la respiración y en otras cosas sutiles que ambos fueron descubriendo juntos.

A pesar de que hablaban más bien poco después de aquel primer encuentro, María y Manfredo podían asegurar, como al año más o menos, que habían conversado sobre los temas más sutiles y complejos, que habían compartido experiencias abarcadoras de todas las intensidades, que se conocían pro-

fundamente y que se profesaban un afecto tan grande que no podía clasificarse con las etiquetas convencionales. Por supuesto, no hubieran podido expresarlo con palabras y nunca lo intentaron, a lo largo de los años que siguieron a ese primer tramo vivido entre el deslumbramiento y la sencilla confirmación cotidiana del milagro. A veces pasaban largos ratos sin hablar, o casi, leyendo juntos el periódico por ejemplo, y cuando uno señalaba con el índice alguna frase, el otro simplemente asentía con naturalidad, porque era normal que ambos se interesaran en lo mismo. Era igualmente normal que cuando uno de ellos iniciaba una charla, por el mero placer de volver de tanto en tanto a las conversaciones, el otro terminara la frase o que, sin más, a medio camino la diera por entendida, con un gesto elocuente de la mano.

María y Manfredo habían descubierto que hablaban un lenguaje insospechadamente rico, que abarcaba el verbo pero también la respiración y el ritmo de los pasos, el modo de sentarse y de voltearse, de acercarse y de retirarse, de mirar y de mover las manos, el sudor que de pronto les mojaba la piel bajo la ropa, o el escalofrío que a veces se les metía hasta el alma, ante una sonrisa, un suspiro, un parpadeo o un guiño del otro. A escaso tiempo de haberse conocido, sabían todo uno del otro y sin haber conformado una pareja, se pertenecían profunda y totalmente. Podría decirse que se habían casado simplemente con los ojos.

Nunca necesitaron tocarse, en todos los años que duró esa relación, una relación que María insistía en llamar amistad, pese a todo. Sin haberse tocado nunca, cada uno sabía perfectamente cómo besaba, cómo hacía el amor y cómo dormía a su lado, dulcemente, el otro. Ella sabía que a él le gus-

taba sorprenderla en un abrazo por la espalda y que se hubiera quedado siglos acunado en la tibieza de sus senos. Él sabía que ella adoraba sentir de pronto su aliento en la nuca y que sus senos sabían hablar todo el lenguaje del cariño. Ella sabía que él se sentiría siempre un niño inseguro y tembloroso al iniciar el ritual del amor, maravillado y agradecido paso a paso, ante el refugio tibio que encontraban sus orfandades. Él sabía que ella se sentiría siempre pequeña y frágil a su modo, creciendo poco a poco al calor de sus manos, abriéndose como una flor generosa, cuando su semen invadía sus entrañas. Lo que no habían descubierto es que en lo esencial, eran como dos gotas de agua: tímidos, juguetones, con una naturalidad que se movía entre la desfachatez y la ternura, entre la temeridad y la piedad, entre el amor a la libertad y el amor al amor.

Si bien habían iniciado otras formas de encuentro, nunca quisieron abandonar la costumbre del colectivo. Y esa mañana, disfrutaban como siempre, calladamente, de los signos callados de la naturaleza, mientras viajaban en el viejo 33. El fin del invierno abría el tiempo mítico del Tatatiná de los abuelos guaraní, extendiendo una neblina suave entre los tajy de dos y tres tonos de rosa, en calles y calles de barrios y barrios. El aire estaba cargado de pólenes diversos y ellos los aspiraban sonriendo, sabiendo que recomenzaba el ciclo simple y maravilloso de la vida.

Cuando escucharon el gran estruendo, en un solo relámpago enceguedor, llegaron a un lugar desconocido. María y Manfredo sintieron que al fin podían tocarse. Él estaba esperándola, en el extremo de un gran salón. Una pasarela celeste la invitaba a unirse a él. A los costados de la misma,

estaban todos los rostros del amor, sonriendo, complacidos. El vestía un traje tan claro como las nubes, y le pidió acercarse, con un gesto sencillo. Ella cruzó el inmenso salón en un suspiro, con su vestido ligero, de un blanco tan blanco como la nieve. El le tomó una mano y la acercó a su corazón, cuando ambos ya mezclaban sus alientos y un solo estremecimiento los encontraba profundamente unidos. Mientras bailaban en el cenit de la claridad, y la leche de Manfredo estallaba en las entrañas de María en un concierto de luces, ella susurró como quien desliza una carta en el aire: “Esto es un sueño”. El retrucó: “Esto es verdad”.

GLOSARIO:

- *Guyrá saité*: pájaro salvaje, inapresable.
- *Mbaipy*: polenta, mezcla.
- *Pahagué*: Último hijo.
- *Iporãma*: Ya está bien.
- *Che akã guapyhápema*: Ya es tiempo de sentar cabeza.
- *Mita'í*: Niño, niños.
- *Tatatiná*: Neblina primigenia de los Guaraní, que regresa anualmente hacia el final del invierno, trayendo la renovación de la naturaleza.
- *Tajy*: Lapacho.

Índice

El camino de la sangre	17
La canción de la abuela	25
La muñeca rubia	37
El regreso	47
La partida	53
La sangre florecida	61
Los rostros del amor	73

*

Se terminó de imprimir
en junio de 2002, en
QR Producciones Gráficas.
Tte. Fariña 1036.
Telefax 214 295.
Asunción - Paraguay



La sangre florecida es un texto narrativo abierto, altamente poético, libre, inclusive en lo que atañe a la consecución cronológica. De tal manera escrito que el lector tiene opciones múltiples para seguirlo, componerlo a su manera y recomponerlo con su propia imaginación.

Otro aspecto que le da gran calidad es el conocimiento profundo del universo campesino en el que transcurre el relato, sin por ello caer en el realismo chato, ni menos en las limitaciones del esquema protestatario, ni en la caricatura panfletaria. Esto sin por ello renunciar a defender la dignidad de su pueblo, largamente sometido, sediento de justicia. No hay riesgo alguno que esto ocurra, si detrás de la letra se encuentra la mano segura de una poeta como Susy.

Rubén Bareiro Saguier

Susy Delgado es poeta bilingüe de la generación del 80 y periodista. Ha escrito y publicado cuatro poemarios en castellano: "Algún extraviado temblor" (1985), "El patio de los duendes" (1991), "Sobre el beso del viento" (1996) y "La rebelión de papel" (1998); y tres poemarios en guaraní en ediciones bilingües: "Tesarái mboyve" (Antes del olvido - 1987), "Tataypype" (Junto al fuego - 1992) y "Ayvu Membyre" (Hijo de aquel verbo - 1999).

Publicó asimismo una "Antología primeriza" que reúne gran parte de sus trabajos literarios, con estudios críticos de especialistas paraguayos y extranjeros en el 2001.

Algunos de sus libros han sido traducidos al inglés y al portugués. Su obra ha sido incluida en antologías y publicaciones literarias en México, Estados Unidos, España, Cuba, Colombia y en los países del Mercosur.